

## LA INVESTIGACIÓN DE TEXTOS HABLADOS

En el simposio del año pasado, mi ponencia sobre «Estructuralismo lingüístico e investigación dialectal»<sup>1</sup> produjo, como recordarán ustedes, notables desacuerdos en lo que respecta a la distinción, que allí establecía, entre la investigación de los textos, o sea lo que podemos llamar investigación filológica, y la investigación de las hablas vivas, de la utilización oral de la lengua, a la que denominé investigación dialectológica, como hace años vengo haciendo en mis clases. Varios de los asistentes, maestros señeros de la Filología Clásica, se apresuraron a mostrar su disconformidad con tal denominación. Con indiscutible razón, desde luego, porque sin duda el término viene a resultar ambiguo. Cuando lo que se investigue sean dialectos pretéritos sobre los textos escritos, ¿cómo negar a esa tarea el nombre de investigación dialectológica? Yo los invité entonces a que arbitraran el término adecuado, desde las raíces precisas, pero me temo que no se hayan vuelto a acordar de la cuestión, porque naturalmente el tipo de investigación que yo llamaba así cae, por su propia esencia, absolutamente fuera de su campo de atención. Pero en cambio nosotros, los especialistas en lenguas de ahora, seguimos teniendo ese problema, porque nuestros métodos de conocimiento ofrecen esas dos vertientes y de alguna manera tendremos que llamar a la investigación sobre la lengua hablada. Así, pues, yo me arriesgo por segunda vez a la réplica y el rechazo y voy a proponer, no sé si bárbaramente, que la llamemos «investigación femiológica» y, ya puestos, hasta podríamos llamar «Femiología» al estudio de las ma-

---

<sup>1</sup> Se publica en este mismo volumen de la *RSEL*.

nifestaciones orales de la lengua, frente a la Filología, que seguiría ocupándose de los textos escritos<sup>2</sup>.

Me parece necesario establecer tal distinción terminológica porque si ambas perspectivas en la consideración de una lengua viva existen, lo mejor es diferenciarlas nominalmente para evitar confusiones; pero es que además tal diferenciación me parece urgente y ya inaplazable porque si bien el estudio de la lengua hablada no es ninguna novedad, sí que ha sido hasta hace poco absolutamente secundario y meramente incidental con respecto al de la lengua escrita. La misma Fonética, que como tarea de lingüistas y no de fisiólogos o físicos acaba de cumplir un siglo, surgió como complemento de la Gramática histórica, para ayudar a explicar los procesos evolutivos reflejados en los textos<sup>3</sup>. Y hasta la dialectología de campo, también ahora centenaria y de análoga estirpe neogramática, debe asimismo su nacimiento a idéntica motivación<sup>4</sup>.

Este carácter subsidiario de las disciplinas lingüísticas más estrechamente vinculadas a la observación de la lengua hablada resulta perfectamente lógico si recordamos que, según el viejo aforismo, *uerba uolant*, a las palabras se las lleva el viento.

Con un objeto de estudio tan fugaz y volandero difícilmente se podía hacer algo más que volver una y otra vez a la palabra escrita, el único producto lingüístico conservable, la única fuente estática de conocimiento lingüístico y, por consiguiente, susceptible de demorada y reiterada observación.

Innecesario es decir que la situación ha cambiado, que el viento ya no tiene por qué llevarse todas las palabras, que el apotegma horaciano *Semel emissum uolat irrevocabile uerbum* ha dejado de ser sentencia inexorable, porque la técnica ha conseguido en nuestro siglo recoger la palabra que se pronuncia y hacerla repetir su

<sup>2</sup> El neologismo pasaría a engrosar la familia etimológica constituida en español por *eufemismo* y el antropónimo *Eufemio*. La base griega sería φῆμις, -ιος 'coloquio, charla, conversación', más bien que φῆμη, -ης 'voz, dicho, palabra, modo de hablar', que da Corominas, DCELC, para *eufemismo*, s. u. *hablar*.

<sup>3</sup> En 1876 apareció la primera edición de los famosos *Gründzuge der Phonetik* del fonetista neogramático E. Sievers, que aprovechó y estructuró, desde una perspectiva lingüística, los hallazgos de fisiólogos como Brücke y Czermak y de físicos como Helmholtz.

<sup>4</sup> Para Sever Pop, *La Dialectologie*, Lovaina, 1950, la dialectología científica nace en 1873, fecha de publicación de los *Saggi ladini* de G. I. Ascoli.

intento de vuelo tantas veces cuantas sean precisas para su exacta y analítica percepción.

La importancia de este hecho para la investigación lingüística tal vez no se haya valorado todavía en su exacta medida. Hemos ido asistiendo, entre perplejos y maravillados, a cada nuevo avance que nos conducía desde el gramófono de bocina a la cassette de micrófono incorporado, sin tiempo quizás para reflexionar cumplidamente acerca de lo que este proceso técnico podía representar para el futuro de nuestra ciencia.

Cuando, en 1953, el sueco Göran Hammarström publicó su tesis sobre las hablas portuguesas del Algarve<sup>5</sup>, realizada sobre un corpus de grabaciones magnetofónicas, que luego transcribió y analizó sosegadamente, introduciendo el método que llamó de transcripción fonética indirecta, si bien tuvo pronto continuadores y defensores, provocó no pocas críticas negativas, o cuando menos reticentes, de acreditados dialectólogos tradicionales más dispuestos a confiar en la agudeza de su oído que en novedosos artilugios mecánicos<sup>6</sup>.

Y tal vez no les faltaba razón, porque hace un cuarto de siglo los tales artilugios dejaban aún mucho que desear en cuanto a fidelidad y nitidez en la reproducción del sonido y, por otra parte, resultaban lo suficientemente extraños y sospechosos a cualquier informante como para coartar grandemente su posible espontaneidad. Y en este punto insistían las críticas negativas y han insistido hasta hace poco y, quizás por inercia, todavía.

Porque debemos afirmar sin más que hoy ya tales reparos carecen de sentido. El vertiginoso perfeccionamiento de las técnicas de grabación y reproducción, durante esos veintitantos años transcurridos, no es preciso que yo lo analice aquí. Hemos sido testigos de ello, como antes dije. Pero es que además, en la última década sobre todo, ese perfeccionamiento ha dado lugar a la extensión, a la popularización, a la trivialización de esas técnicas. Hoy el magnetófono, la cassette son aparatos bien conocidos, de uso cotidiano, que no espantan a nadie y que, desde luego, no coartan la espontaneidad de ningún informante, por rústico que sea, mucho más que la propia pre-

---

<sup>5</sup> *Étude de phonétique auditive sur les parlers de l'Algarve*, Uppsala-Estocolmo, 1953.

<sup>6</sup> Cf. al respecto Manuel Alvar, *Estructuralismo, Geografía lingüística y Dialectología actual*, Bibl. Rom. Hisp., Editorial Gredos, Madrid, 1969, págs. 79-86.

sencia del investigador. A veces, desaparecida la necesidad del micrófono visible, la coartan menos que el bolígrafo y el cuaderno del dialectólogo tradicional.

Si la validez del método de Hammarström y el testimonio de sus grabaciones pudieron ser puestos en tela de juicio, hoy yo por lo menos no acepto un trabajo dialectológico —una tesis o una tesina— que no venga acompañado de la prueba testimonial de las grabaciones, es decir, ya no cabe, en buena ley científica, que demos por válido, con un acto de fe, todo lo que se nos pueda decir sobre un habla alejada de nosotros si una amplia muestra del habla en cuestión se nos puede presentar en vivo y con facilidad sin mayor esfuerzo que apretar una tecla.

La Dialectología gana así una seguridad y una fiabilidad de las que antes, a mi parecer, carecía. Pero la cosa va mucho más allá de ser un mero aval de los estudios dialectales; lo que ocurre es que ese carácter subsidiario, incidental con respecto al de la lengua escrita, que ofrecía el estudio de la lengua hablada no existe ya. La garantía de los textos escritos, su concreción, su presencia documental, su revisabilidad daban a la investigación de esos textos una preeminencia metodológica y una seguridad en los resultados que naturalmente relegaban a un extrarradio movedizo e incierto las descripciones de lo meramente oído, siempre además irrepetible y fuera de contexto. Pero ahora los textos hablados se ofrecen a nuestra consideración tan abundantes como los escritos, tan asequibles como ellos, y tan estables, tan fijos, tan analizables como los textos escritos se han ofrecido siempre. De este modo, pues, gran parte de los métodos que el filólogo utiliza con sus textos han pasado a ser también patrimonio del estudioso de la lengua hablada, que los puede emplear para el análisis de sus grabaciones.

Pongamos unos cuantos ejemplos ilustradores. El más espectacular tal vez sea el de la sintaxis. Para ninguna parcela lingüística tan necesaria la concreción del texto escrito, ninguna tan absolutamente supeditada a esa fuente de conocimiento. Las observaciones sobre sintaxis hablada han sido siempre mínimas y accidentales, de escaso relieve en el conjunto total de la disciplina y, en general, relegados los posibles hechos advertidos al apartado de las incorrecciones, de las transgresiones de la construcción adecuada que, según se daba por supuesto, era la que se había registrado en los textos escritos.

Esto, desde luego, hay que estimarlo como perfectamente natural, pues la perspectiva total de la estructura sintáctica del discurso hablado era imposible tenerla desde una simple audición irrepetible.

Pero ahora tenemos la posibilidad de transcribir fielmente esos discursos hablados desde su grabación y establecer lo que en ellos sean constantes sintácticas. Digámoslo escuetamente: Ha nacido la posibilidad de una sintaxis de la lengua hablada, que no existía. La variedad y multiplicidad de textos grabados, ahora a nuestro alcance y disposición, están postulando imperiosamente su análisis sintáctico, sin atenerse a los modelos obtenidos de la lengua escrita, sino creando los nuevos patrones necesarios para explicar hechos cuya frecuencia en el corpus permita considerarlos como invariantes sintácticas del discurso oral.

La posibilidad, pues, de una sintaxis de la lengua hablada nos está exigiendo a los lingüistas la tarea de hacerla y nos lo está exigiendo con apremio. En primer lugar, porque es un hueco que necesita llenarse y, en segundo lugar, porque la reversión de estas estructuras orales sobre la lengua literaria va adquiriendo un cariz, gracias precisamente a la disponibilidad de las grabaciones, inexistente por supuesto en la literatura anterior. Valga un ejemplo, por lo que puede tener de expresivo: Una vieja técnica narrativa, reiteradamente utilizada, ha sido la del relato enmarcado. El escritor finge una fuente, un manuscrito que va a reproducir, verbigracia: la historia del cronista arábigo Cide Hamete Benengeli cuya imaginaria traducción será el *Quijote*. Pues bien, ahora tenemos ya novelas enmarcadas cuyo marco no es el supuesto manuscrito, sino unas cintas magnetofónicas que se van a transcribir; así *Las guerras de nuestros antepasados* de Miguel Delibes, donde naturalmente las cintas se inventan, pero la sintaxis coloquial se recrea sobre el modelo cierto de cintas reales, qué duda cabe, y si bien existe una estilización de esos modelos, el grado de estilización o el de fidelidad no podremos establecerlo mientras no sepamos verdaderamente lo que es la sintaxis oral y, como ya podemos averiguarlo, no hay más que ponerse a ello.

Sé que mi invitación tal vez no despierte demasiados entusiasmos en un momento en que existe, entre los nuevos lingüistas, una mayor proclividad a la especulación teórica y a la abstracción metodológica

que interés por los hechos concretos y por los caminos intransitados. Puedo decir que esos alumnos que nos suelen venir a menudo con la fantástica pretensión de «hacer una tesina de Lingüística general» casi siempre se espantan cuando se les invita a descender hacia la factible y modesta tarea de grabar equis textos y analizarlos. Análisis que tampoco creo que pueda consistir en la transformación del texto hablado a las estructuras del texto escrito y luego reducir todo eso a lo de «El niño tira la pelota» y «Juan es más inteligente que Guillermo». La sintaxis de la lengua hablada tendrá que consistir, por lo pronto, en un inventario de las posibles estructuras no ya superficiales, sino, si se quiere, superficialísimas, que son las que tenemos ahí.

En otro orden de cosas, en el de los rasgos fonéticos por ejemplo, el texto grabado ofrece también la posibilidad de observar hechos que escapan a la audición habitual consciente. Todo proceso de evolución, de cambio, de pérdida de sonidos, tiene que empezar a producirse insensiblemente mucho antes de que adquiera un porcentaje de frecuencia suficiente como para atraer la atención sobre él. El texto grabado permite establecer unos índices estadísticos precisos que acabarán además por indicarnos ese umbral de frecuencia necesario para que se adquiera conciencia de un proceso fonético.

Dirijo en la actualidad varios trabajos sobre textos orales andaluces. He creído, al volver a Granada, que esta era la dialectología que debía cultivarse fundamentalmente en la región, pues al fin y al cabo en la otra, en la de cuestionario e interrogatorio, Andalucía es la zona donde la variedad del español hablado es mejor conocida, gracias a ser la única de la que poseemos un atlas lingüístico completamente publicado<sup>7</sup>. Pues bien, uno de mis doctorandos, Juan Antonio Moya, que está investigando los posibles niveles sociolingüísticos del habla de Jaén, sobre un corpus de treinta horas de grabación con medio centenar de informantes que cubren, diferenciados por sexo y edad, los distintos niveles culturales apreciables en aquella capital, me ha sorprendido con un hallazgo que sin el testimonio fehaciente de las cintas me hubiera costado creer, pues nunca lo habíamos registrado ni Alvar ni Llorente ni yo en nuestras encuestas para el ALEA ni en nuestras anotaciones sobre las peculiaridades

<sup>7</sup> M. Alvar con la colaboración de A. Llorente y G. Salvador, *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Andalucía*, 6 vols., Universidad de Granada, C. S. I. C., 1961-1973.

de lo escuchado. Se trata de la pérdida de *-l-* intervocálica, no señalada nunca fuera del área gallego-portuguesa donde el proceso fue antiguo y caracterizador. La tendencia a la relajación y pérdida de consonantes sonoras intervocálicas es algo con lo que hemos contado siempre para el andaluz, pero haciendo excepción de la *-l-*, sobre la que nadie había dicho nunca nada. Y resulta que, en las grabaciones de Jaén, del 3 al 4 por 100 de las *eles* intervocálicas (incluidas las del artículo por fonética sintáctica) se pierden en todos los hablantes, y en un porcentaje análogo aparecen muy relajadas. No sé si la simple enunciación de este hecho sorprenderá tanto como a mí me sorprendió su comprobación, pero creo que, dada la experiencia que poseo en la investigación de las hablas andaluzas, mi sorpresa puede resultar indicativa de las que seguramente nos reservan, en el orden fonético, los análisis y recuentos de los textos hablados. Análisis y recuentos que nos servirán para detectar fenómenos latentes, pero también para situar en sus justos términos observaciones sobre hechos que, fuera de contexto, pueden aparecer desmesurados en su interpretación. Baste recordar a este respecto el brillante estudio de Juan Manuel Lope Blanch «En torno a las vocales caedizas del español mexicano»<sup>8</sup>.

La reaudición —y valga el neologismo— de textos grabados permite también descubrir hechos singulares que en una simple audición quedan englobados con otros análogos pero de motivación diferente. La pronunciación de la *v* como labiodental, distinguiéndola de la *b*, por locutores y presentadores de radio y televisión, es un hecho cotidiano y continuado que nos ataca los nervios a los profesores de lengua española y a otros hispano-hablantes no profesores pero conscientes de la realidad fonética y su no coincidencia con la convención ortográfica. Pues bien, este vicio escolar y pedante oculta otro fenómeno que la grabación y análisis de textos hablados o leídos en esos medios de comunicación nos ha permitido descubrir. En primer lugar, hay que decir que ni los más conspicuos cultivadores de ese dislate fónico (Jesús Hermida, Alberto Delgado) lo practican al cien por cien, porque de vez en cuando se desenvaran y les sale la bilabial espontáneamente. En segundo lugar, que donde no parece fallarles nunca el envaramiento es cuando a la *v* la precede una

---

<sup>8</sup> Publicado en *NRFH*, 14, 1963, págs. 1-19.

nasal: *enviar, han venido, un visitante*. En tercer lugar, que en este caso es cuando únicamente pronuncian *v* labiodental otros locutores de ortología más correcta y algunos otros hablantes ocasionales de esos medios de comunicación. Y por último —y esto es lo más sorprendente— que incluso aparece en ocasiones una labiodental tras nasal cuando lo que hay ortográficamente es *b*. No hace mucho, en la televisión, el obispo secretario de la Conferencia Episcopal, que dicho sea de paso es un hombre que domina bastante bien su pronunciación y la ha sabido adecuar a la norma castellana, casi ocultando por completo su procedencia canaria, pronunció correctamente, en una larga entrevista, todas las uves intervocálicas, pero en cambio no sólo la articuló labiodental en *conveniente*, sino que también pronunció *envrionario*. Me parece evidente, pues, que el caso de las labiodentales tras nasal debemos separarlo cuidadosamente de la pronunciación ultracorrecta de la *v* ortográfica y buscarle otra explicación. He de añadir que una hipótesis para explicar este hecho sí que tengo yo ya formulada, pero naturalmente no es ahora el momento de extenderse en la cuestión<sup>9</sup>.

En cualquier caso lo que estimo probado es que muchos de los métodos que antes eran exclusivos del filólogo son ahora igualmente utilizables por el dialectólogo. Pero, perdón, he vuelto a usar el término *dialectólogo* con una especialización que nos sitúa de nuevo en el terreno de la confusión y la ambigüedad. Llamémosle *femiólogo*, salvo mejor opinión, aunque sea provisionalmente y para entendernos.

Porque la urgencia, dije, de aclarar terminológicamente el asunto no admite espera, ante esta nueva perspectiva que brinda a los estudios lingüísticos la multiplicación de los textos grabados. Antes los métodos de investigación de la lengua escrita y los de la lengua hablada eran radicalmente distintos y bastaban para configurar con

<sup>9</sup> Diré brevemente que, para mí, el rasgo de sonoridad no es el exclusivamente relevante en las oposiciones *p/b*, *t/d* o *k/g*, como se viene afirmando, sino que va acompañado de la articulación predominantemente fricativa de cada uno de esos fonemas. Tales oposiciones están basadas fundamentalmente en una correlación interrupta/continua, como ya he dicho en otro lugar (*Actas del XI Congreso Int. de Ling. y Fil. Románicas*, Madrid, 1969, pág. 1751), y cuando el entorno fónico, es decir nasal anterior en este caso, obliga a la articulación oclusiva, la fricativa se logra alterando el punto de articulación. Tengo desde hace tiempo en preparación un estudio sobre el rasgo de sonoridad en español y allí acumularé testimonios de este hecho.



clara diferencia ambas actividades. Ahora hay una amplia zona de metodología común, aunque las actividades sigan siendo sustancialmente diferentes. Me parece que hablar de investigación filológica e investigación femiológica puede resolver la cuestión.

Si consiguiera sacar adelante este bautizo que propongo con la aquiescencia de ustedes, con el padrinazgo de tan ilustre y cualificada reunión, pienso que habríamos hecho algo útil y necesario para deslindar unos campos de trabajo que ahora se muestran más vinculados que nunca, por la semejanza de sus métodos, pero también más autónomos por la autosuficiencia que ha adquirido la digamos Femiolología gracias a la posibilidad de fijación de los textos hablados.

#### POST SCRIPTUM

Como era previsible, mi propuesta dio lugar a un animado y controvertido coloquio en el Simposio, coloquio en el que predominó la idea de que efectivamente era necesaria la distinción conceptual y terminológica entre el estudio de la lengua hablada y el de la lengua escrita. El profesor Adrados estimó, desde su indiscutible autoridad, que más correctas etimológicamente resultarían las formas «Femología», «femológico» y «femólogo», opinión a la que sólo pudimos oponer, con mayoría de adeptos en la sala, que «Femiología», «femiológico» y «femiólogo» nos parecían voces más eufónicas. El único disidente, en cuanto a la necesidad del neologismo, fue mi amigo y paisano José Polo, que llegó incluso a suponer que mi intención al crear el término no era otra que «la de pasar a la posteridad». Bien sabe Dios que no se me había ocurrido tal cosa, porque si bien las ganas de pasar a ella no me faltan, como a cualquier hijo de vecino, no podía suponer que se lograra tal deseo sin otra credencial que la invención de un terminacho. Por otro lado, estoy dispuesto a renunciar a esa gloria y acepto las razones y la propuesta de Adrados. Hablaré, pues, en lo sucesivo de «Femología», «femológico», etcétera, sacrificando la yod, que, aunque más eufónica a mi parecer, siempre resulta más subversiva.

Y dejando ya esa cuestión zanjada, lo que sí me parece obligado recordar aquí es que precisamente en este año de 1977 se cumple el centenario de la invención del fonógrafo —detalle que desconocía cuando leí la comunicación en el Simposio de diciembre del 76—. Por eso me ha parecido oportuno publicarla en seguida para celebrar de algún modo esos cien años de un invento que de tal modo nos ha afectado a los lingüistas, según acabamos de ver, y para honrar de esta humilde manera a alguien que sí se ganó bien a pulso lo de pasar a la posteridad: Thomas Alva Edison.

GREGORIO SALVADOR